
1. LA TRAICIÓN DE NUESTRAS ÉLITES

Miguel Ángel Quintana Paz

Hacia el verano del año 2008, el Boston College tuvo una ocurrencia que jamás dejaré de agradecerles: me concedieron una beca universitaria, una *fellowship*, en su Instituto Lonergan. Tampoco olvidaré que, apenas iniciadas allí mis tareas, recibí una constatación clara de que me encontraba en Nueva Inglaterra y no, digamos, Vitigudino o El Puerto de Santa María. Tal constatación me llegó en forma de invitación a un convite:

“Míster Fulanito y Mrs. Fulanita le invitan a la fiesta que se celebrará en su domicilio el 4 de julio próximo a las 6 de la tarde, con hora de finalización a las 9”.

Acudí a la cita con ganas de conocer bostonianos, pero, también, con una intriga: ¿cómo se hace para terminar un festejo a la hora exacta predeterminada por los anfitriones? Mi curiosidad no era solo la de un español habituado a que se sepa (más o menos) la hora en que una fiesta comienza, pero se ignore cuándo termina; era también la de un lector de Hans-Georg Gadamer y su idea de que una fiesta *“nos invita a demorarnos. Esto es la celebración. En ella, por así decirlo, se paraliza el carácter calculador con el que normalmente dispone uno de su tiempo”*¹.

Y bien, parecía que en la ilustrada Boston o bien no habían leído al viejo Gadamer, o bien contaban con argumentos para discrepar de él. A la hora precisa calculada para el final del sarao, cada cual recogió, obediente, sus aperos, se despidió de la señora y señor Fulanito y fuimos abandonando, en fila, el jardín de su casa victoriana. La fiesta había terminado.

Reconoceré que luego nunca he aplicado yo ese método experimentado en Boston para la organización de veladas, celebraciones o convites. Con todo, hubo algo importante que aprendí ahí. A veces conviene enseñar a la gente con claridad cuándo ha llegado a su fin la fiesta en la que participaban. Pues

¹ Hans-Georg Gadamer: La actualidad de lo bello, Paidós, 1991, p. 49.

muchas personas, algunas bien respetables, se resisten a aceptarlo. Y no siempre por motivos *gadamerianos*.

* * *

Hace unas semanas me vino a las mientes esto de resistirse a admitir que se acabó una fiesta mientras disfrutaba de una merendola con amigos madrileños. No, el problema no residía en que tal refrigerio se estuviese prolongando más de la cuenta; el recuerdo se me suscitó por algo más sutil. Trataba un servidor de explicarles a tales amistades en qué consistía la ideología *woke* cuando fue interrumpido por Enriqueta (Enriqueta no se llama en realidad Enriqueta, pero uso ese nombre para preservar la identidad de alguien que en su día cosechó cierta relevancia en el Partido Popular madrileño). *“Ah, bueno”*, adujo Enriqueta, *“eso es comunismo”*.

Sentí entonces que vivía un momento histórico. Estaba a punto de comunicarle a Enriqueta un dato histórico crucial. *“Enriqueta: la Guerra fría ha terminado”* respondí.

La Guerra fría es de hecho una fiesta que finalizó hace ya más de tres décadas. Pero todavía convivimos con personas que, sea porque fueron educadas, sea porque lucharon en aquel conflicto, se resisten a abandonar aquellas coordenadas mentales. Unas coordenadas que se reducen a tener un este y un oeste: a la lucha entre estatismo, comunismo, marxismo, de un lado, frente a democracia, capitalismo, liberalismo, en el otro. Todo lo político ansían ubicarlo ahí. Durante 45 años ese fue un buen mapa del mundo. Resulta hasta cierto punto normal que se convirtiera pues en el mapa interior de muchas mentes.

Para las mentes “izquierdistas”, la causa de cualquier problema social debía buscarse sobre todo en “los ricos”, seres desalmados que absorbían para sí solos toda bonanza económica, dejando al resto con apenas migajillas. Los “ricos” podían ser los grandes empresarios, los acaudalados herederos, pero también los países prósperos, responsables asimismo de todo contrat tiempo en naciones menos afortunadas. En suma, había que mirar a nuestras élites económicas para hallar los culpables de cualquier desazón social. Esa era la visión, digamos, del este.

Para las mentes más derechosas, empero, la fuente de nuestros males solía residir en “el Estado”. Si algo funcionaba mal, corrían como un *rallo* (falta ortográfica intencionada) a diagnosticar cuál era la regulación, o la subvención, o la decisión política, o el diseño institucional que propiciaba semejante desmán. Era en las élites políticas donde debía fijarse el blanco de nuestra crítica. La solución también solía ser monótona: más libertad individual, mercados más libres, menos leyes, menos políticos. Todas estas hierbas crecían hacia el oeste de aquel mapamundi.

Sí, es cierto: también había gente capaz de contemplar la realidad social sin obcecarse en esos dos puntos cardinales. Siempre hubo conservadores, reaccionarios, anarquistas, utopistas religiosos, distributistas... a los que esa polaridad este-oeste no les cuadraba del todo. Cualquiera brújula posee más de dos puntos cardinales. Pero la mayor parte del juego intelectual (y también económico o geopolítico) se lidiaba en las citadas coordinadas. Así que muchos las aceptaron como las solas posibles.

Mas hete aquí que nos hallamos, pongamos, en el año 2022. Nadie emplea todavía un mapa de carreteras editado en los años 80. Pero muchos siguen aún con la cartografía ideológica vigente en aquella década. Y gran parte de nuestro debate público lo copa esa vieja discusión aún: si son los Estados o son los ricos los culpables de nuestros entuertos; si reside en unas élites (políticas) u otras (económicas) el origen de nuestros agravios.

Esa antigua discusión es difícil de saldar, además, por otro motivo: no es que ambas partes se equivoquen. Ocurre, más bien, al contrario: ambas, hoy, tienen razón. El error consiste en contraponerlas. En efecto, si resulta obsoleto seguir confrontando poder estatal y grandes poderes económicos no es porque uno de los dos bandos haya acaparado al final toda la responsabilidad, sino por algo más sencillo: porque ambos se han aliado y la comparten.

* * *

Fijémonos en cuatro de los asuntos más candentes de nuestros días: ecologismo, feminismo, pensiones de jubilación, migraciones. Podríamos citar muchos más, pero bástennos esos cuatro. En todos ellos se constata la alianza recién

descrita; tanto el Estado como las grandes empresas coinciden en transmitirnos un único mensaje: ni el uno ni las otras son culpables de los aprietos con que ahí nos topemos, sino que el culpable, el que no está a la altura, el que debe modificar su vida (¡a menudo llegan a decirte que tus privilegios!) eres tú. Sí, sí, tú, no apartes ahora la cara de delante de este libro. Esto va contigo.

El caso de la ecología es el que lo demuestra con números más contundentes y sonantes. Hablemos del “cambio climático”. De aquí a 2050 está previsto que gastemos 275 billones de dólares contra él (unos 9,2 billones al año) para “*descarbonizar*” nuestra economía. Así lo sostiene un informe que acaba de publicar la consultora McKinsey². Como ante estas cifras es fácil perderse (y no podemos recurrir a campos de fútbol para trazar equivalencias), digámoslo de otro modo: se trataría de algo así como el 9 % de toda la riqueza anual que se produce en todo el mundo hoy en día. Digámoslo también con cifras de nuestra factura de la luz: el precio de la electricidad seguirá subiendo a un ritmo vertiginoso, e igual ocurrirá con el acero y el cemento (entre un 30 y un 45 %).

El informe de McKinsey tampoco oculta que se producirá una riada de pérdidas de empleo (la cifra barajada es de 185 millones; y no serán precisamente desempleos de consultores como ellos). Bien es cierto que, presuntamente, también se crearán otros puestos de trabajo. Mas, para entendernos: ¿desearía usted destruir el suyo de ahora por otro que dicen que se creará mañana? ¿Prefiere el pájaro en mano u otro que le dicen que llegará volando?

Si estas cifras le parecen a usted una barbaridad, recuerde que no todos perderemos con ellas. Hay dos grupos a los que benefician sobremanera. ¿Cuáles serán?

Lo ha averiguado usted: los dos viejos enemigos, ahora reconciliados. Tanto los Estados (que se pondrán a recaudar cual locos con la subida de impuestos “ecológicos”) como las grandes empresas (que recibirán el grueso de las ayudas económicas para “descarbonizar”) obtendrán conspicuos beneficios de esta avalancha que se nos viene. También lo harán, claro, los potentados que manejan esas enormes corporaciones y los políticos que manejan la recaudación de im-

2 McKinsey & Company: The net zero transition, 2022, p. viii et passim.



puestos: mientras usted deberá pasar más frío en casa (supongo que este invierno ya ha estado entrenando), tanto las élites económicas como políticas seguirán calentando sus mansiones y viajando de una a otra en avioneta privada. (En el caso de que, tras la pandemia, usted haya olvidado el verbo, le recuerdo: “viajar” es eso que antes hacíamos todos a precios razonables, pero que desde ahora solo se podrán permitir quienes paguen las enormes tasas que nos acechan).

Pasemos a otro de los puntos calientes (a diferencia de nuestras gélidas viviendas) en estos días: el feminismo. De nuevo, si es usted varón, o una mujer que no comulga con los desatinos que exhiben hoy las feministas, todos los mensajes que contemple alrededor contarán con una melodía monótona. Usted es culpable, muy culpable, de un montón de mal. ¿Saca, de nuevo, alguien tajada de definirle a usted como el nuevo enemigo? Claro que sí: la alianza de Estado subvencionador (20.000 millones ha prometido ya el Gobierno de España de aquí al año 2025,) y grandes subvencionados (la frutería Paqui, que me vende fresas en mi esquina, no tiene noticia de ir a recibir ni un solo millón de los citados 20.000). De nuevo brilla la alianza entre élites políticas y económicas ahí.

La combinación de preocupaciones ambientales y feministas alienta otro de los movimientos cada vez más evidentes en nuestros días: el antinatalismo. Traer nuevos humanos al mundo se va viendo cada vez más y más sospechoso, incluso una pizca deplorable. No le rinde provecho ni al medioambiente ni a las vidas libres, desvinculadas, sin deberes ni lazos que nos proponen las nuevas feministas. Ya existen incluso filósofos bien publicitados (pienso en David Benatar,) que defienden la tesis de que nacer es un fastidio, una afrenta, para todos los demás. Lo que, en las sociedades sanas, llena de alegría a todo el pueblo, el recién nacido, se nos quiere convencer ahora de que es una suerte de terrorista que atenta contra la Madre Naturaleza y la Mujer Libre. Bueno, y también un poco contra las grandes empresas, que eso de tener mujeres embarazadas, o

3 EFE: “El Gobierno destinará 20.000 millones de euros a políticas de igualdad hasta 2025”, El País, 8-3-2022.

4 David Benatar: El dilema humano, Alianza, 2022.

conceder permisos de maternidad, o aguantar empleados con niños y ancianos a los que atender en casa, nunca le salió del todo rentable al gran capital.

¿Quién será, de nuevo, el perjudicado de esta tendencia? Lo ha adivinado de nuevo, estimado lector: usted mismo, sí, al que ya veremos quién le paga su pensión de jubilación. Si es que esto de pagar pensiones a los viejos que se agarran a la vida (y a seguir contaminando) sobrevive. Hágale un favor al planeta y reconsidere su eutanasia; le prestará buen servicio a las arcas del Estado y, de paso, a las grandes corporaciones, que no tienen ya mucho que venderle a usted. Sea bueno para con la Tierra y, de paso, para con nuestras élites.

Citemos por último otro epígrafe que rinde prósperas ventajas a los dos enemigos de antaño, Estado y millonarios. Citemos las grandes masas de inmigración. Mover poblaciones de un lugar a otro del planeta sirve al Estado para paliar un tanto el citado problema de las pensiones (aunque no esté nada claro que lo haga a largo plazo⁵). Y desde luego también conviene al capital: los inmigrados le permiten recurrir a mano de obra mucho más barata que la connacional.

¿Quién queda como único enemigo de todo esto? Bingo: usted, estimado lector. Usted, que acaso sea un protestón que se resiste a cambiar su vida ante la invasión de su barrio por costumbres extrañas, algunas netamente delictuosas, otras de baja intensidad, pero no menos molestas. Y la prueba de que no resultan agradables está en el escaso número de ricos o políticos que han elegido residir en ese mismo barrio que usted. Fíjese en la circunstancia de lo bien que conviven élites políticas y económicas en las caras urbanizaciones que comparten, y lo cada vez peor que vive usted. Ello le revelará lo absurdo de seguir contraponiendo entre sí esas dos élites que tan a gusto cohabitan pared con pared (o muro con muro de sus chalés). Ello le hará sospechar que quizá su enemigo conjunto sea más bien usted⁶.

5 Alejandro Macarrón Larumbe: “La inmigración como ‘solución’ a nuestro invierno demográfico”, Revista de Libros, 22-4-2022.

6 Que la demografía urbana es una de las vías más iluminadoras para comprender la actual traición de nuestras élites se muestra en Christophe Guilluy: No Society, Taurus, 2018.

En suma, cualquiera puede, como mi amiga Enriqueta en la merienda citada antes, seguir creyendo que el mundo es una lucha entre dos gigantes, el Estado y el capital, y sus élites correspondientes. Y muchos seguro que aún hoy ansían apuntarse a uno de esos dos bandos presuntamente en liza. Así proseguirán una inveterada tradición política que se remonta a nada menos que 1945. Esto es lo que convendrá hacer si uno considera que toda aquella fiesta aún no ha terminado y que queda aún confeti, algunos bocadillos y palomitas para demostrarlo,.

Pero usted también puede, por un instante, notar que, en realidad, es un liliputiense. Y que la merienda real que hoy se celebra, terminada la anterior, es la que esos dos gigantes, político y económico, se están corriendo a cuenta de usted. Si recuerda entonces la historia entera de Liliput, reconocerá también que sus diminutos habitantes fueron capaces, unidos, de derrotar a quien les superaba mil veces en tamaño. Desconocemos si a esa unión de los pequeños se la tildó de “populista”, o “ultraderechista”, o “facha” en el lenguaje de los gigantes. Pero sí sabemos que a aquellos liliputienses bien poco les pudo importar.

* * *

Ahora bien, minusvaloraríamos la ambición de nuestras élites gigantescas

7 Cierto es, y reconozcámoslo al menos en nota al pie, que ambos bandos de esta antigua “fiesta” han desarrollado cierto instrumental para criticar una situación como la que hoy vivimos. Así, ya en Adam Smith existe una nítida precaución ante el deseo de los empresarios de aliarse entre sí (generar situaciones de oligopolio) y a su vez con el Estado (hacer una “captura del regulador”), con miras a formar una coalición que perjudique a los consumidores en general (véase verbigracia Adam Smith: *La riqueza de las naciones*, I, Alianza, 2011, capítulo 10). Por su parte, también la teoría marxista nos advirtió sobre un Estado que, en el capitalismo por ella criticado, acaba ejerciendo solo de “consejo de administración” de la burguesía, en patente connivencia, pues, con estos ricos propietarios (véase Karl Marx-Friedrich Engels: *El manifiesto comunista*, Ayuso, 1975, p. 74). Sin embargo, estas intuiciones acertadas a ambos lados de la trinchera del Telón de Acero tienden a diluirse cuando unos y otros se concentran luego en las culpas de solo uno de los miembros de la alianza entre élites estatales y élites empresariales (frente a nuestra propuesta aquí: reputar igualmente responsables, y miembros en realidad de una sola élite, a ambas).

en poder, cada vez menores en número, si nos limitásemos a detectar en ellas cierto vocabulario (“¡populistas!”, “¡liberales!”, “¡ultras!”, “¡fachas!”) con el cual exorcizar a cuantos vamos constatando su traición. La verdad es que esos recursos lingüísticos constituyen la menor de sus amenazas. La nueva alianza económico-política emplea también innovadoras herramientas represivas contra sus opositores, innovadores mecanismos de recompensa a los afines, para acallar a quien ose desafiar su posición. El método es el de siempre: palo y zanahoria; pero los palos son novedosos y las zanahorias también. Veámoslos agrupados en tres clases: nuevos palos contundentes, nuevos palos sutiles y nuevas zanahorias del poder.

* * *

Empecemos por describir los innovadores y más contundentes palos. Una buena exhibición de ellos se produjo hace poco en el país donde la alianza liberal-progresista, capitalista-estatista, quizá alcance ya frutos más granados: el Canadá de Justin Trudeau.

A principios de este año 2022, miles de camioneros ocuparon el centro de su capital, Ottawa, como protesta pacífica por las nuevas regulaciones de su Gobierno en los cruces fronterizos, así como por sus desproporcionadas medidas anticovidianas (en ocasiones entre las más severas del mundo). El denominado Convoy de la Libertad, al que pronto se sumaron ciudadanos de allende el sector transportista, acabó convertido en una enmienda a la totalidad de las políticas del primer ministro Trudeau, que hubo de escapar de Ottawa hacia un destino confidencial.

La reacción policial ante estas protestas (y las contraprotestas de los otawenses, molestos por tanto alboroto en una de las capitales más aburridas del mundo) resultó al inicio convencional: declaración del estado de emergencia en la ciudad y multas a cuantos cometiesen infracciones de tráfico o vandalismo. Ahora bien, a medida que el conflicto se prolongaba y caldeaba, el Gobierno canadiense ideó un nuevo mecanismo represivo que es el que aquí nos interesa. Pues constituye un magnífico ejemplo de la nueva técnica de dominio que la flamante alianza entre nuestras élites políticas y económicas aspira a implantar.

¿En qué consistía hasta ahora la tradicional represión estatal cuando unos manifestantes se pasaban de la raya en nuestras democracias? Bien la conocemos: las ya citadas multas; en casos de mayor urgencia, unos cuantos cachiporrazos a los revoltosos; a veces incluso chorros de agua, pelotas de goma, unas cuantas balas al aire (a las que ocasionalmente se les interponía algún cuerpo humano, bien es verdad). Todos estos métodos, empero, resultan violentos y, por tanto, poco televisivos. A menudo desprestigian al gobernante que los ordena. Con lo que, lejos de atemperar el ímpetu de las protestas, puede relegitarlas.⁸

De manera que en Canadá hemos asistido a un nuevo sistema represivo mucho menos arriesgado para nuestra élite política. Y en el que esta echa mano, en vez de la fuerza bruta o militar, de su nueva aliada: la élite empresarial. En lugar de emprenderla a porrazos con los camioneros, Trudeau decidió atacarles por otro frente: sus cuentas corrientes y seguros. Sin mandato judicial alguno, merced a la alianza entre el Gobierno y el sistema bancario, se congelaron las cuentas de todo aquel que la élite política reputó responsable de la manifestación. También sin mandato judicial, y en connivencia con las aseguradoras, sus camiones se quedaron sin asegurar. La intromisión llegó incluso hasta las plataformas de recaudación (que habían recibido millones de dólares en apoyo a la protesta) o las de criptomonedas. Como expuso en Twitter el director ejecutivo de Kraken, Jesse Powell, *“el poder crea Derecho en Canadá. Si alguien disiente, simplemente confiscas su riqueza, revocas sus licencias, los excluyes del sistema financiero y matas a sus mascotas. No hay necesidad de debatir la ley, la política o incluso los derechos cuando posees el monopolio de la violencia”*,⁹

Este es el nuevo mundo en que nos adentramos: basta que te opongas a una mayoría de gobierno, para que esta sea capaz de excluirte de la vida pública

8 Véase Miguel Ángel Quintana Paz: “Neoviolenca: o por qué el mundo hoy arde con un nuevo tipo de violentos”, The Objective, 21-11-2019, <https://theobjective.com/elsubjetivo/opinion/2019-11-21/neoviolenca-o-por-que-el-mundo-hoy-arde-con-un-nuevo-tipo-de-violentos/>

9 Jesse Powell: <https://twitter.com/jespow/status/1494458245259272192?s=20&ct=Fk3zrX31-NSRvzeRIInIkOxw>

sin disparar ni un solo tiro ni encerrarte en calabozo alguno. Y sin contrapeso alguno del poder judicial. Hoy puedes verte reducido a un donnadie solo con que élites políticas y económicas decidan sacarte del sistema. Y este es solo el principio. Una vez iniciada tal pendiente, ¿qué impide, en vez de congelar tus cuentas corrientes, disminuir su importe a cero? ¿O impedirte el acceso a cualquier servicio público o privado (sanidad, viajes, ocio) por hallarte en la “lista negra” de indeseables que se portan mal? Estas hipótesis, que tan solo hace dos años nos habrían parecido un tanto paranoicas, resultaría extraño que no cobrasen, tras los “pasaportes covid” de la reciente pandemia, mayor verosimilitud.

* * *

Con todo, el “método del palo” recién descrito posee aún cierta visibilidad que, aunque no sea ya la de las porras policiales, hace recomendable complementarlo con otro sistema, más refinado, para la represión de los liliputienses. Es ahí donde entra en juego lo que podríamos denominar un palo más sutil. Y también durante la reciente plaga coronavírica hemos tenido ocasión de comprobar cómo funciona.

Recordemos el lema con que a menudo se resume el pensamiento de Thomas Hobbes: *homo homini lupus*, el hombre es un lobo para el hombre. Esa divisa del siglo XVII ha mutado hoy en *homo homini virus*: el hombre es un virus para el hombre. Tengamos miedo de nuestros semejantes, se nos asegura, no ya porque sean lobos hambrientos (la verdad es que muchos de ellos no lo parecen en absoluto); sino porque poseen virus contagiosos que me podrían también liquidar.

No es casualidad que sea justo en el Canadá de Justin Trudeau o en la Francia del exbanquero Emmanuel Macron (es decir, en países donde sus gobernantes ya no disimulan la actual alianza entre el poder político y económico) donde se han acometido algunas de las medidas más belicasas contra sus ciudadanos en nombre de la protección contra el covid. Cualquier compatriota, especialmente el compatriota que no se haya vacunado ya tres veces (tres a la fecha de redacción de este escrito; quizá para la de publicación ese número haya ascendido ya a cuatro o cinco), es un potencial enemigo al que el mismísimo

jefe del Estado no dudaría en “joder”¹⁰ (de modo que tampoco se puede esperar mucho menos de su convecino). Pese a toda la retórica gubernamental en torno a lo muy solidarios que nos haría la pandemia, una realidad bien distinta se ha acabado imponiendo: a su cuenta han crecido la desconfianza, la delación, la ruptura de vínculos con nuestros semejantes.

¿Convenía a nuestras élites político-económicas expandir durante la pandemia dinámicas de colaboración entre los liliputienses o más bien alimentar miedos y recelos? Las noticias alarmistas que aún hoy emergen de tanto en tanto en los medios de comunicación mayoritarios (advirtiéndonos ya de la séptima, la vigésima, la octogésima cuarta ola del virus), ¿no persiguen un mundo en que, ya para siempre, se consolide el *homo homini virus*? Sin necesidad de palos contundentes, sin necesidad de grandes exhibiciones de poder, al desencajarnos de este modo a los unos de los otros, nuestras élites pueden respirar tranquilas el aire de sus jardines amurallados: es improbable que asaltemos sus recintos si lo que más nos preocupa en la vida es guardar con nuestros semejantes la distancia de seguridad.

* * *

Más contundentes o más sutiles, los palos de cualquier sistema represivo optimizan su utilidad al combinarse con ricas zanahorias. Terminemos este texto, pues, apuntando a algunas de las novedosas variedades de esta hortaliza que nuestras élites están dispuestas a distribuir pródigas entre nosotros si somos buenos chicos y aceptamos el nuevo *statu quo*. Se tratará en cualquier caso de variedades de zanahoria *alucinógena*. Pues todas ellas tienen en común un mismo efecto: alejarnos de la realidad que vivimos, en la que el dominio de nuestras

10 Le Parisien avec AFP: “«Emmerder les non-vaccinés» : Macron dit assumer «totalement» ses propos controversés”, Le Parisien, 7-1-2022, <https://www.leparisien.fr/politique/emmerder-les-non-vaccines-macron-dit-assumer-totalement-ses-propos-controverses-07-01-2022-53D2YSN4BNE57OLGOQD5OXB RNA.php>. El digital español El Confidencial rebajó la contundencia del francés “emmerder” hasta un pulcro “fastidiar” (https://www.elconfidencial.com/mundo/europa/2022-01-04/macron-asegura-que-tiene-muchas-ganas-de_3353707/); nosotros optamos por una traducción más rigurosa.

élites es cada vez más patente, para trasladarnos a realidades alternativas (es decir, a ficciones).

Es así como cabe entender la idea de Metaverso avanzada de reciente por Mark Zuckerberg como futuro proyecto de su empresa, la antigua Facebook, hoy renombrada de hecho Meta Platforms, Inc. La creación de realidades virtuales y aumentadas no solo supone una huida de la realidad a secas (es ya significativo de nuestra época que sea preciso adjetivar el término “realidad”), sino que imponen en todas ellas el dominio de su creador. No cuesta imaginar un futuro en que solo una élite sea capaz de disfrutar de la realidad de toda la vida (por serle esta cómoda y favorable), mientras que el resto tengamos que conformarnos, para sobrellevar una vida mínimamente satisfactoria, con los sucedáneos que nos proporcione la tecnología.

En esa misma línea se pueden integrar los nuevos sustitutos de la actividad sexual convencional que, según indican los datos, y contra una falsa imagen que nuestra época tiende a tener de sí misma, vendrían a compensar el cada vez menor número de relaciones carnales que van teniendo, de media, las nuevas generaciones.¹¹ Robots sexuales, sexo como realidad virtual, vientres artificiales... la tecnología irá poco a poco dejando como cosa un tanto primitiva la mera pornografía (que, recordemos, hoy representa cerca del 14 % de todo lo que pulula por internet). Y quizá también acabe contemplándose como primitiva mera relación sexual (entre cuerpos humanos), repleta de asechanzas si, como recordamos, el otro es para nosotros cada vez más un potencial contagio (*homo homini virus* en el sexo también).

Mientras la idea de metaverso o de tecnologías sustitutivas del sexo exige fuertes inversiones económicas, otros recursos de más antigua usanza para evadirnos de lo real (piénsese en el renovado empeño por legalizar, o incluso distribuir gratuitamente junto a una renta universal, dosis individualizadas de marihuana) irán poco a poco copando el debate público que nuestras élites

11 Sobre este asunto me he extendido en Miguel Ángel Quintana Paz: “El sexo se acaba”, *The Objective*, 18-1-2018, <https://theobjective.com/elsubjetivo/opinion/2018-01-18/el-sexo-se-acaba>.

sabrán pastorear. Ciertamente es que, en última instancia, hay situaciones vitales desgraciadas que ni el nuevo Metaverso, ni los nuevos dispositivos sexuales, ni el viejo hachís, ni el cada vez más pujante negocio de los antidepresivos¹², podrán atemperar; siempre nos quedará en estos casos, empero, el recurso a la eutanasia ya mencionado líneas atrás, y que es evidente que nuestras élites político-económicas, bajo aparente gracia generosa, cada vez se empeñarán en facilitarnos con menores complejos.

* * *

Existe un viejo debate, azuzado en los años 80 por Neil Postman¹³, acerca de qué distopía refleja mejor nuestro futuro: ¿*Un mundo feliz* de Aldous Huxley, publicada en 1932, o *1984* de George Orwell, publicada diecisiete años más tarde? De hacer caso a la primera de esas narraciones, en el futuro nuestras élites recurrirían al hedonismo para tenernos tranquilos y sometidos (lo que hasta aquí hemos llamado, siguiendo el uso tradicional, zanahorias). Por el contrario, según la celeberrima novela de Orwell, lo que se nos avecinaba era un modo de dominación más directa, mediante la represión y la propaganda emitidas por nuestras clases dirigentes (el “Gran Hermano” de sus páginas). Lo que hemos considerado “palos”.

Menos conocido resulta, sin embargo, que a los pocos meses de publicada *1984*, Aldous Huxley enviaría una misiva a su autor y antiguo discípulo (le había impartido en Eton clases de Francés)¹⁴. En esta carta el remitente aborda ya la comparación entre ambos textos, con un sesgo favorable hacia el suyo en cuanto a carácter predictivo, como es natural. Pero, aun así, no elude reconocer

12 Jaime Gutiérrez: “Los datos tras una década de ‘cultura del medicamento’ en España: el consumo de antidepresivos ha crecido un 40 %”, RTVE, 5-3-2022, <https://www.rtve.es/noticias/20220305/datos-medicamentos-consumo-antidepresivos-crece-40/2291907.shtml>

13 Neil Postman: *Divertirse hasta morir*, Ediciones de la Tempestad, 2001.

14 Aldous Huxley: “Letter n. 011. 1984 vs. A Brave New World”, en Shaun Usher (comp.): *More Letters of Note*, Canongate Books, 2015.

una posibilidad que aquí recabará nuestro interés: la posibilidad de que ambas distopías no resulten incompatibles; que las élites del futuro (de nuestro presente) sepan combinar palos y zanahorias, *mundos felices* y *mil novecientos ochenta y cuatro*, según su conveniencia.

De forma que no podemos terminar este escrito sino con un reconocimiento a la perspicacia epistolar de Aldous Huxley como oteador.